

*ESPAÑA Y AMÉRICA
EN LA HISTORIA*

Chile en tiempos de Balmaceda

LEOPOLDO CASTEDO*

Dos acontecimientos históricos, de trascendental importancia uno de ellos, de singular coincidencia el otro, cumplen por esta época su centenario. Es el primero, naturalmente, el del suicidio de un gran patriota. El segundo recuerda la real o aparente vigencia del episodio conocido durante el último decenio del siglo pasado y el primero del presente como “La crisis moral de la República”. En estas notas para *Atenea* circunscribo mis comentarios al desconcierto y a la perplejidad que me causaron mis aproximaciones al conocimiento inicial de la enigmática personalidad del Presidente Balmaceda y al entorno de su creadora y singular acción.

TRABAJOS CON DON FRANCISCO ANTONIO ENCINA

Durante los retoques y transcripción a la máquina de escribir del tomo XIX de la monumental Historia de Chile, hace del episodio más de cuarenta años, expresé al ya anciano historiador mi desconcierto ante la súbita reacción de todo un pueblo apenas transcurridos dos o tres años de la autoinmolación del personaje. ¿Cómo podía explicarse tan colosal cambio? ¿Bastaba el símbolo del suicidio para motivar la mutación violenta del repudio agresivo e injurioso del

* LEOPOLDO CASTEDO: Historiador, autor de numerosas obras de su especialidad publicadas tanto en España como en Latinoamérica.

noventa por ciento de los chilenos al panegírico igualmente exaltado, el trueque del “Champudo y cruel dictador” por el “Presidente mártir” y “el más grande patriota de nuestra historia”? Tanto intrigaron y, por qué no decirlo, estimularon a Encina estas interrogantes que retiró de la imprenta de Nascimento los pliegos ya impresos y, al añadirle nuevos párrafos, incluyó el que me honra sobre “...los extranjeros (a la sazón yo lo era todavía) que se internan en la Historia de Chile”. Tomo XIX, pág. 357.

Cien años después del sacrificio de Balmaceda y cuarenta de mis observaciones al historiador, siguen vigentes para mí los enigmas, que trataré de ordenar encuadrándolos en el panorama social, económico y cultural del país al finalizar el siglo XIX. Entre los enigmas que plantea la interpretación de la personalidad del Presidente es tal vez el más ostensible el de una aparente frialdad complementada con el paralelo control de las emociones y perfectamente compatible con una reiterada “buena crianza” y respeto, no siempre correspondido por cierto, ante el agravio del agresivo rival. En vísperas de la iniciación de la dictadura escribía Fanor Velasco en las conocidas e ilustrativas Memorias del período: “La tranquilidad, la serenidad, la placidez del Presidente no sufre alteraciones. Balmaceda es el hombre más frío que hay en la República... Nunca se le ha visto un ceño airado, siempre su palabra es y ha sido fácil y halagüeña, los cambios de humor son desconocidos para él”.

Discrepaban acremente de estos juicios los más de sus muchos detractores. Para uno de los principales Julio Zegers: “El Presidente de la República es a mi juicio una hoja simpática que se mueve y bambolea al viento que sopla. Movida por brisas favorables produce bienes; impulsada por vendavales, produce tempestades”. Y según otro de sus sañudos enemigos, Carlos Walker Martínez: “El carácter versátil e inconstante de Balmaceda se encontraba tan sacudido por opuestas influencias que cada día tomaba distintas resoluciones y no acertaba a fijarse en un solo rumbo”.

El ambiguo panegírico de Fanor Velasco choca en cierto modo con los contrastes manifiestos entre su dedicación apasionada, y por cierto nunca desmentida, al “engrandecimiento de la patria” y la desconfianza en colaboradores circunstanciales y, sobre todo, en los enemigos. En su retórica post-romántica abundan las diatribas y los dicerios: “Ingratos, como todos los hombres”; el “olvido de los favores recibidos”; los “engendros de negros odios y torpes ambiciones”, frases que alternaba con ciertos lugares comunes todavía vigentes hoy en tantos oradores, como “la nave del estado y su piloto”, o “el libre

juego de las instituciones”. Todo ello no entraña censura a una oratoria que, aparte de compartida por tantos de sus contemporáneos en estas minucias, en el caso del Presidente Balmaceda era excepcionalmente brillante, apreciación en la que concuerdan panegiristas y detractores. Para su amigo y, en cierto modo, albacea intelectual, Julio Bañados Espinosa, “...los discursos que pronunció antes de llegar al gobierno están salpicados de polvos de oro y despiden luz tan viva que es preciso leerlos con anteojos de color”; pero para Domingo Arteaga Alemparte, “...su palabra incurre premeditadamente en ciertas ampliaciones grandilocuentes, en ciertas pompas declamatorias”. En cuanto a la retórica oral y a la dialéctica es ilustrativo el juicio de su entrañable amigo, con el que compartió años de estudio en el Seminario, don Crescente Errázuriz: “En realidad, no es fácil tener una conferencia con Balmaceda; y discutir con él es imposible; habla por dos, quizás por tres, y habla con suma facilidad, sin concesión; no sin brillo”.

LA FAMILIA

Es indudable (a ello se refirió repetidas ocasiones durante nuestras conversaciones Raúl Marín Balmaceda) la influencia en la formación del carácter del futuro Presidente de los distintos miembros de la familia, muy especialmente de la singular personalidad del padre y de su extraordinaria capacidad para aumentar su riqueza, así como el encanto y la firmeza de la madre. No debió serlo menos el importante hecho, generalmente escamoteado en los análisis del período y del personaje, de la legitimación a posteriori de los tres hijos -José Manuel fue el primero- nacidos antes del matrimonio celebrado en 1848. En el Chile pacato de fin de siglo, estas “anomalías” determinaban serios problemas políticos y sociales. Cuando el ensañamiento de una aristocracia que lo consideraba traidor a sus ideas y a su casta recrudesció, se esgrimía con hiriente contumacia su condición de “huacho”.

EL CONTRASTE ENTRE LA ACCION Y LA MELANCOLIA

Numerosos observadores, testimonios o copartícipes de su acción, virtud ésta que para Mac Iver era en Balmaceda esencial y definidora (“Era un hombre de

acción, de extrema acción, aquí donde tan escasos son los hombres que hacen, que ejecutan, que realizan lo que proyectan o piensan”), la han contrastado con un aparente o real romanticismo de mejillas empalidecidas “a forciori” y deliquios tánicos, haciendo hincapié en los aspectos más negativos de una supuesta melancolía visceral adquirida en plena juventud. Para Salas Edwards “...sus prolongados días de tristeza y melancolía fueron con frecuencia la preocupación de sus amigos y de su familia durante los primeros años de su matrimonio, a pesar de la felicidad íntima de su hogar”. De aquí, al parecer, los renovados contrastes entre la euforia y el abatimiento, así como las encontradas diferencias entre su generosa, y nada fácil en esa época, lucha contra la pena de muerte y los tolerados horrores de Lo Cañas.

ALGUNAS FUENTES DE INFORMACION

En cuanto a los fusilamientos de Lo Cañas, acerca de los cuales al parecer aceptó valientemente su responsabilidad, nunca olvidaré el relato del episodio por uno de sus escasos sobrevivientes, el muy distinguido Ministro, después ciertamente, de la Corte Suprema, don Ernesto Bianchi Tupper, al que tuve la suerte de conocer casi nonagenario y disfrutar de su amistad y amenísima conversación poco después de mi llegada al país en 1939.

Otro tanto puedo afirmar acerca de otros actores y testimonios de los preliminares, desarrollo e inmediatas consecuencias de la Guerra Civil de 1891. Entre ellos guardo especial memoria -y agradecimiento- de don Emilio Bello Codesido, uno de los principales forjadores de la resurrección de los ideales de Balmaceda, a partir de la histórica conferencia de Talca de 1893 y de la inmediata iniciación de las actividades del Partido Liberal Democrático, más conocido como Balmacedista, eje del acontecer político durante los dos decenios de la llamada “República Parlamentaria”. Don Emilio no sólo me acogió con afecto, sino que me facilitó la numerosa iconografía publicada en momento oportuno y, lo que es aún más valioso, enriqueció mi conocimiento del personaje y de su época con sus propias ideas, las más de ellas inéditas hasta la primera edición de mi “resumen de la Historia de Chile” de 1954. Igualmente valiosos fueron las informaciones y los documentos proporcionados por don Raúl Marín Balmaceda, sin duda el más entusiasta panegirista de su tío abuelo. No obstante haber pertenecido a una generación posterior a la de la tragedia del

91, su conocimiento de primera mano del acontecer daba la impresión de que había sido activo partícipe.

En todo lo que atañe a noticias de la familia y rasgos definidores del carácter del Presidente, tuve también el privilegio de apreciar y anotar algunos de ellos paseando con don Claudio Vicuña Subercaseaux por el bellissimo parque de Bucalemu, bien cerca del lugar de nacimiento del Presidente Balmaceda y dedicación apasionada de don Claudio Vicuña padre, su frustrado sucesor, en la plantación de especies arbóreas de la más variada índole y del mundo entero, antes de ser entregado al Ejército.

He mencionado y hecho caudal de estos privilegiados conocimientos porque los más de ellos han sido de gran utilidad para ayudarme a perfilar mi propia imagen de tan admirado y romántico personaje. Los juicios citados y anotados muestran aspectos definidores de su carácter y de su acción, centrada ésta en su consecuente encomio de la libertad y en un programa de gobierno cumplido en su mayor parte.

ACCION POLITICA Y DESARROLLO ECONOMICO

La obra realizada por Balmaceda ha sido una de las más fecundas de la Historia de Chile, respaldada por un programa de gobierno materializado en numerosas formas de manera consecuente que, en sus líneas generales, comprendía: la libertad en sus múltiples expresiones, la eficiencia administrativa, la independencia del poder judicial, la reducción (en la etapa inicial de su gobierno) de las facultades del Presidente de la República, los sistemas adecuados para mejorar el sistema electoral, la más amplia libertad de trabajo, la separación de la Iglesia y el Estado y la capitalización de los recursos extraordinarios provenientes de los impuestos a la exportación del salitre mediante el desarrollo de un colosal esfuerzo en materia de obras públicas, destinado a superar las arrastradas carencias de infraestructura.

El simple enunciado de los innumerables acápite de esta obra enorme, a la que cuadra añadir la reorganización de los poderes públicos y de la administración de justicia, las reformas municipales, la expansión de los servicios de correos, teléfonos y telégrafos, los estímulos a la beneficencia y la salubridad, los esfuerzos premiados con los éxitos de la Exposición Nacional de 1888 y las de París y Barcelona de 1889, el entusiasmo y los resultados en el perfeccionamiento

de la enseñanza, incluidas por cierto la fundación y organización del Instituto Pedagógico y la construcción y habilitación de numerosos liceos. En cuanto a las obras públicas en su estricta nomenclatura, baste citar la canalización del río Mapocho, las construcciones portuarias y, sobre todo, el trazado de rieles y el consecuente equipamiento de los Ferrocarriles del Estado, simbolizados en el también centenario viaducto del Malleco, que no sólo consolidaron la unificación del país, sino que, y principalmente, contribuyeron a fomentar su desarrollo. Por desgracia, el eufemismo de la todopoderosa y supuestamente apodíctica economía de libre mercado de reciente implantación, al margen de sus buenos resultados parciales y ciertamente poco equitativos, ha barrido con aquellos estupendos avances. Hoy son decrépita nostalgia los también casi centenarios coches dormitorios de caoba, nunca renovados.

EL SALITRE

Mucho se ha escrito y perorado con motivo del centenario de la inmolación de un gran Presidente. Y como está de moda vilipendiar todo lo que el Estado inicia o realiza exigiéndose de inmediato su “privatización”, los panegiristas doctrinarios de la panacea del “libre mercado” pretenden atribuir a Balmaceda la paternidad, a un siglo plazo, de sus excluyentes ideas, por el simple hecho de que no pretendió nacionalizar el salitre. Mal podría haber llevado a cabo la patriótica tarea, según explicaremos de inmediato, con la propiedad de los yacimientos fertilizantes entregada casi totalmente al coronel North y otros empresarios extranjeros.

Cuando Balmaceda se terció la banda presidencial, las salitreras expropiadas por el gobierno peruano y entregadas a los tenedores de los bonos emitidos en su pago fueron a parar, no a los modestos capitalistas chilenos que en puridad, habían sido copartícipes de los vencedores de la Guerra del Pacífico, sino al “trust” dirigido por el inspector “chileno” de las salitreras, Robert Harvey, un modesto mecánico, sin antecedentes que justificaran tan alto cargo y el también modesto mecánico John Thomas North. La compra del 40% de los depreciados títulos, pagados en sumas ridículas (como en no lejanas “privatizaciones”) fueron financiados, otra paradoja, por el Banco de Valparaíso y permitieron a los socios adquirir, casi regaladas, las oficinas y las pampas principales con las que se organizaron en Londres poderosas compañías con utilidades que llegaron al

mil por ciento, vale decir, con el traspaso en mil libras esterlinas de lo que les había costado cien.

Una curiosa mezcla de honradez y pacatería, la misma pacatería que, a la postre, determinó el repudio de Balmaceda por cuenta de la fronda aristocrática, había producido una suerte de desprecio por la riqueza del salitre, monopólica en términos universales, que según criterio generalizado había corrompido supuestamente al Perú y amenazaba corromper a Chile. Que su propiedad fuera de los ingleses, conformándose los chilenos con los derechos de exportación, en todo caso cuantiosos, era el criterio que inspiró los decretos de los Presidentes Pinto y Santa María de 1881 y 1882, durante el último de los cuales Balmaceda había sido su Ministro. Los resultados fueron desmedidos. En el norte se creó un estado dentro del Estado que los ingleses, dueños del primero, manejaron con experimentada cautela. En el sur, los beneficiarios de la munificencia del mecánico North, no “ascendido” todavía al grado de coronel, todos ellos enemigos mortales, poco después, de Balmaceda, lo recibieron en 1888 aureolado con el título de “Rey del Salitre” y poseedor de una de las mayores fortunas del mundo.

El advenedizo era dueño de los ferrocarriles salitreros “Nitrate Railways Co.” (poco antes lo había derrotado Balmaceda en el conflicto anteriormente derivado de la concesión peruana a la firma Montero) de suerte que controlaba por completo tarifas, producción y preferencias; dueño del alumbrado público, con tarifas que duplicaban a las corrientes; dueño del agua potable que producía a dos centavos y vendía a cuatro; dueño de la “Nitrates Provision Supply Co.” que monopolizaba el comercio de aprovisionamiento de las salitreras, desde la harina y el carbón hasta la carne y las verduras; dueño de la “Nitrate Producers Steamship Co.” acaparadora del acarreo del salitre a los mercados y de los productos consumidos en las oficinas; dueño del “Bank of Tarapacá and London Ltd.”, presidido por su representante principal en Chile, que recibía complacido visitas y peticiones de variada índole. Su representante en Santiago, el abogado Julio Zegers, según Encina “... tenía instrucciones de abrir generosamente la mano en las relaciones con la prensa, los tribunales y los políticos...”. A modo de colofón de esta multimillonaria parodia, que manejada de otro modo podría haber resuelto los muchos problemas, a la sazón centenarios, de la crónica estratificación social, vale la pena recordar la fiesta con la que el antiguo mecánico, ascendido ya a coronel por méritos propios, celebró su decisión de visitar la “colonia” chilena con una despedida de Londres digna de

Cecil B. de Mille. Trompetas reales anunciaron la entrada en escena del Rey del Salitre vestido de Enrique VIII, su señora llegaba de Duquesa de Mayne; la hija, de princesa persa; el joven North, de Duque de Richelieu, y así sucesivamente.

No me entusiasman los “if” (los “si acaso”) de la Historia. Pero si hubieran transcurrido de otra suerte los acontecimientos que desembocaron en la Guerra Civil y el patriota romántico don José Manuel Balmaceda hubiera dispuesto de los recursos del coronel North en beneficio del país, muy otro habría sido el pasado de Chile y mucho mejor su presente.

LA SOCIEDAD Y LAS COSTUMBRES

La aguda crisis en la estratificación social no había cambiado mucho al finalizar el siglo y la interrupción de los esfuerzos de Balmaceda por mejorar el desarrollo económico-social e iniciar el eufemístico “derrame” en beneficio de los más pobres no pasaba entonces del sueño preterido. Bien es cierto que los empeños por estimular las industrias y modernizar los cultivos animaron al principio de su mandato fundadas esperanzas. Pero la persistencia en los desequilibrios de arrastre era ciertamente enorme y la Guerra Civil contribuyó a su mayor deterioro. El contraste entre la mansión y el conventillo era comentario obligado de todo visitante despierto.

La considerada por unos y otros “alta sociedad” mantenía con visos cada vez más acusados el afrancesamiento. El muy viajado y muy chileno Vicente Pérez Rosales había estigmatizado, no hacía mucho, el fenómeno: “Nosotros, que hacemos ahora a la francesa, que paladeamos bombones franceses, que vestimos a la francesa... y que, a remate, apenas pinta sobre nuestros labios el bozo cuando ya nos hemos echado al cuerpo, junto con la literatura francesa o su traducción afrancesada, la historia universal y muy especialmente la francesa, escrita por franceses, ¿qué mucho es que se nos afrancesen hasta la médula de los huesos?”.

Tres fuentes iconográficas principales nos permiten reconstruir en buena medida los aspectos externos y más visuales de esta sociedad europeizante, con la presencia criolla reducida a representaciones más populares. En cuanto a los estilos ostensibles en la calle y en los salones, los dibujos y ulteriores grabados del artista F.G. Ohlsen publicados en Hamburgo en 1894 (“DurcSud-Amerika”) constituyen un verdadero y completo repertorio de extraordinaria fidelidad. En cuanto a la explotación y ulterior pérdida del salitre, los prolegómenos de la

Guerra Civil, incluyendo pintorescos aspectos sociales y el desenlace mismo de la tragedia, son documentos de primera fuente y similar calidad artística los apuntes y grabados de Melton Prior que ilustran la obra "A visit to Chile and the nitrate fields of Tarapaca..." by William Howard Russell, LL.D. London, 1890 y los que fueron publicados en el "Illustrated London News" cuando Inglaterra estaba especialmente interesada en los acontecimientos chilenos. Completan esta serie iconográfica los quince grabados sobre temas y retratos relacionados con la Guerra Civil que ilustran la obra de Maurice H. Hervey, corresponsal especial del Times de Londres "Dark Days in Chile. An Account of the Revolution of 1891", London, 1891-1892, así como las excelentes fotografías y transcripciones grabadas de la obra de Mary Robinson Wright "The Republic of Chile. The growth, resources, and industrial conditions of a great nation". Philadelphia, 1904.

LA CULTURA

Durante el último tercio del siglo, Chile había capitalizado culturalmente los beneficios y la herencia de la generación de 1842 y la obra de Bello, Sarmiento, Lastarria, Bilbao y tantos chilenos e hispanoamericanos acogidos por el histórico "asilo contra la opresión". Sin embargo, el proceso de modernización inicial, en buena medida impulsado por Diego Portales y Manuel Montt y su sabia política "importadora de talentos", languidecía a la sazón, probablemente debido a la supervivencia de estereotipos intelectuales adobados por la consabida timidez nacional frente a toda clase de ideas demasiado nuevas. La tertulia creada por Pedro Balmaceda Toro estimulado por su padre y establecida en una dependencia del palacio de La Moneda, contribuyó, con la estadía de Rubén Darío, su amigo, y la visita radiante de Sarah Bernhardt, a remozar y, de rechazo, modernizar la cultura del país.

En julio de 1886 llegó a Valparaíso con el "pobre cuerpo de muchacho flaco, mi cabellera, mis ojeras, mi chaquecito de Nicaragua, unos pantalones estrechos que yo creía elegantes, mis problemáticos zapatos", Félix Rubén García Sarmiento, inmortalizado en su día con el seudónimo de Rubén Darío. Para Emilio Rodríguez Mendoza parecía "un indio triste" y para Luis Orrego Luco "...no era la cabeza de un Apolo, pero tenía la expresión hermosísima de la bondad entretejida con el talento, y refinada, desde los primeros albores, por

las miserias y sufrimientos de la vida”. Más tarde, su amigo y compañero de bohemia Alfredo Irarrázabal lo recordaba de esta manera: “No era muy alto, pero lo parecía a causa de su flacura y de la flexibilidad de su cuerpo, de la estrechez de las ropas y de lo corto de las mangas”. El tono un tanto perdonavidas de estas descripciones contrasta con el panegírico de su editor y analista Alberto Ghirardo, que mucho me honró con su amistad hace casi medio siglo.

El salón literario de Pedro Balmaceda tuvo efímera pero hartamente creadora vida. El hijo del Presidente, enfermo y en cierto modo contrahecho, murió apenas cumplidos los 21 años. Con el seudónimo de A. de Gilbert había publicado ensayos, cuentos y algunos poemas, reunidos en “Estudio y Ensayos Literarios”, Santiago, 1889. Pronto se percató del talento del poeta nicaragüense y según Szmulewicz lo introdujo en la lectura de Rimbaud, Mallarmé, Baudelaire, sus poetas favoritos e inspiradores, de los que se dice poseía las primeras ediciones francesas.

Por esos años la poesía había perdido el relativo vigor de la época de Guillermo Blest Gana y nada sobrevivía del dualismo clásico-romántico de los tiempos de Bello y Sarmiento. Las facetas más lacrimosas, de rostros paliduchos proclives a la tuberculosis y lamentos de ojos en blanco estaban vigentes y fortalecidas de acuerdo con la diatriba posterior de Domingo Melfi en su *Viaje literario*: “...en los diarios y revistas del tiempo figuran versos que parecen escritos con el diccionario de la rima, o calcados de los más pestilentes provincianismos españoles”. Fuere por influencia de Pedro Balmaceda o por anteriores adquisiciones, con Darío tomó predicamento el simbolismo y el parnasianismo francés en violenta reacción antirromántica contra ojeras y suspiros.

Si bien la aportación chilena a la poesía y a la narrativa del Modernismo fue escasa y sin brillo, se puede afirmar que este segundo “estilo americano” (el primero fue el mestizaje del barroco) debe mucho de su origen a esta amistad de Rubén Darío y Pedro Balmaceda Toro. La influencia de Darío en Chile primero y en el resto de América y en España después comenzó con materiales todavía tradicionales en *Abrojos* y en el “Canto épico a las glorias de Chile”, presentado al Certamen Varela de 1887. Un año después *Azul* despliega en todo su esplendor la novedad, el cromatismo y la imaginación desbordada. A partir de la publicación de este libro Rubén Darío es ya el poeta de América. Su estadía en Chile, en tiempos de Balmaceda, espoleó la que sería a poco enseña nacional por excelencia, con dos Premios Nobel en su haber.

La llegada en 1886 de Sarah Bernhardt llevó a su apogeo, con visos de delirio, el entusiasmo por el teatro. Las actuaciones de la “Musa del teatro francés” en el Circo Trait (calle Dieciocho), que había embellecido para recibirla el escenógrafo Besteti a expensas de los hermanos Augusto y Eduardo Matte, así como en el Teatro Santiago, en los que representaba “a tablero vuelto” los celeberrimos dramas y comedias *La Dama de las Camelias*, *Fedora*, *Frou Frou*, *Teodora* y tantas obras del teatro romántico llevadas por ella a su cénit. Tal vez el éxito más sonado tuvo lugar en el espectacular Teatro de Iquique, fruto del apogeo del salitre.

La crítica de la obras y de la actuación de la Bernhardt, especialmente en los escritos de Miguel Luis Amunátegui, revitalizaron la vida cultural, sin menoscabo de las críticas de Julio Vicuña Cifuentes, según el cual los llenos “no fueron muchos”, sobre todo si se comparan con los de Río de Janeiro, donde los fanáticos de la diva se tendieron en los escalones del hotel para que la Musa llegara a sus aposentos sin pisar el suelo. La sobria pacatería chilena defraudó a Sarah, según el siguiente testimonio escrito: “Pasamos por el Estrecho de Magallanes y fuimos a Chile. Por allá son muy tontos, muy fríos, tan faltos de inteligencia, tan antipáticos. Son atroces”. *El Mercurio* recogió el guante, apostrofándola de “costal de vicios y de huesos”. Sin embargo, muchos niños fueron bautizados Armandos en honor al desdichado amante de la dama de la camelias y Rubén Darío le rindió este homenaje:

“Una voz de tono blando, / un cuerpo de sensitiva, / algo como un arpa viva / que da el sonido cantando”.

Contribución básica a la cultura del período y, en cierto modo, perfeccionamiento a la mencionada etapa Portales - Montt, fue ciertamente la creación y el comienzo de las funciones del Instituto Pedagógico, con las consecuencias que poco después caerían bajo el sarcasmo de Alberto Edwards y su teoría del “proletariado intelectual”. Paralelos merecimientos corresponden al comienzo de la obra ejemplar de Valentín Letelier. Antes de 1890 se habían publicado ya *La ciencia política en Chile* y *Por qué se rehace la Historia*, valores decisivos en la modernización de la enseñanza en la ordenación sistemática del pensamiento.

El Pedagógico enriqueció sus cátedras con acreditados profesores, los más alemanes: Jorge Enrique Schneider para la enseñanza de la psicología y la pedagogía; Juan Steffen para las de historia y geografía; Federico Hansen para la de filosofía; Reinaldo von Libenthal para la de matemáticas; Alfredo Bentell para la de ciencias físicas y Federico Johow para la de ciencias naturales.

En 1889 se inauguró la nueva Escuela de Medicina y estuvo a punto de iniciar sus tareas la de Ingeniería. Más del 80% de los profesores se pronunciaron por la Junta opositora de Iquique y fueron exonerados. A su vez, la Junta triunfadora se ensañó con los escasos balmacedistas que mantuvieron sus ideas durante el conflicto y, muy especialmente, con los que habían sustituido a los opositores.

Con los cambios de estilo en la sociabilidad que señaló notables diferencias entre la República conservadora y la liberal, las antiguas tertulias literarias caracterizadas por las disquisiciones intelectuales, como la de la “Picantería” de los hermanos Amunátegui, evolucionaron en detrimento del estudio y en beneficio de la política. En el Salón Literario de Ambrosio Montt y Luco, de acuerdo con la descripción de Augusto Orrego Luco, “...se reunían hombres de verdadero valor intelectual; ahí he encontrado a don Manuel Montt y a don Antonio Varas; a don Gabriel García Moreno y a Sarmiento; a don Manuel Pardo y a Pascual Duprat; a don Manuel Antonio Matta y a don Eugenio María Hostos; a los Arteaga Alemparte y a Guillermo Blest; a Guillermo Matta y a Samper; a Zorobabel Rodríguez y a Uriburu; a don Domingo Santa María y a tantos otros; ahí conocí a Balmaceda; ahí han pasado ante mi vista muchos hombres que iban hacia el camino de la gloria; muchos que han dejado una huella profunda en la política y en las letras”.

URBANISMO BELLAS ARTES

Hacia 1885 Santiago era todavía una modesta ciudad centralizada con el centro urbano enriquecido por el esfuerzo del intendente Benjamín Vicuña Mackenna y barrios populosos que mostraban la violencia de la estratificación social, reiteradamente fustigada por Balmaceda. La Cañadilla y el Matadero competían en cuanto a las precarias condiciones de salubridad. Para Julio Vicuña Cifuentes, el primero presentaba la ventaja, en materia de epidemias y mortandades, de “...tener más a la mano -dentro de casa, como si dijéramos- los hospitales, los lazaretos y los cementerios”. La voracidad inmobiliaria, que tanto daño ha hecho y sigue haciendo a la ciudad, seguía ensañándose con las sobrevivientes casas solariegas, las esquinas con vértices y guardacantones de piedra, balcones y corredores saledizos, considerados por los “modernos” como antiguallas coloniales.

La estabilidad política y las exportaciones de salitre habían cuajado en la construcción de palacios ostentosos que causaron la admiración de Rubén Darío en 1886. Entre 1868 y 1872 se habían levantado el palacio Urmeneta en la Alameda con Estado y el “pastiche” de la Alhambra. El arquitecto norteamericano Jesse Westmore diseñó y levantó el palacio Meiggs, también en la Alameda y el alemán Teodoro Burchard, alumno de Schinkel, construyó el palacio Díaz Gana, antes de Concha Cazotte, hacia 1876. Poco después se terminaba el palacio Cousiño y la casa y parque de la familia Arrieta Cañas en Peñalolén. La mayor parte de estos palacios, no pocos de ellos de valiosa arquitectura, han sido víctimas de la mencionada voracidad inmobiliaria. Los interesados en este proceso pueden consultar la obra realizada por los arquitectos Cristián Boza y Hernán Duval, además de quien esto escribe, *Santiago, estilos ornamento*. Pintura y escultura mantuvieron por mucho tiempo la mencionada influencia francesa y, en el siglo del Romanticismo, su espíritu conservador se mostró más proclive al Neoclásico. Los escultores José Miguel Blanco y Nicanor Plaza trataron de liberarse de los patrones impuestos por el profesor francés August François, actitud seguida, con altibajos, por Virginio Arias, Carlos Lagarrigue, Simón González y Ernesto Concha.

Cierto internacionalismo derivado de la influencia de notables precursores del período, entre los que se destacaron Carlos Wood, Tomás Somerscales y, sobre todo, Juan Mauricio Rugendas, con manifiesta dedicación al tratamiento de modas y tipos, fiestas y costumbres, fue prácticamente barrido por la moda francesa que, por cierto, fue rubricada en sus orígenes por un italiano, Alejandro Cicarelli y reafirmada por un alemán, Ernesto Kirchbach. Estimulados, al parecer por Pedro Balmaceda Toro y por su padre, el Presidente, el naturalismo con prevalencia de paisajes chilenos comenzó a florecer en la obra del rebelde Antonio Smith y fue cultivado por Ramón Subercaseaux y Juan Francisco González principalmente. Después de la guerra civil lo trataron Helsby, Valenzuela Llanos, Valenzuela Puelma y Alberto Orrego Luco. Hay motivos para afirmar que el Presidente Balmaceda mostró especial interés por la obra de Pedro Lira. A modo de colofón de estas notas, paréceme acertado señalar que las preocupaciones por tan variados aspectos de la cultura nacional, además de su pasión por los avances económicas y sociales que lo obsesionaron, realzan de consuno el valor del Presidente Balmaceda como un gran patriota.



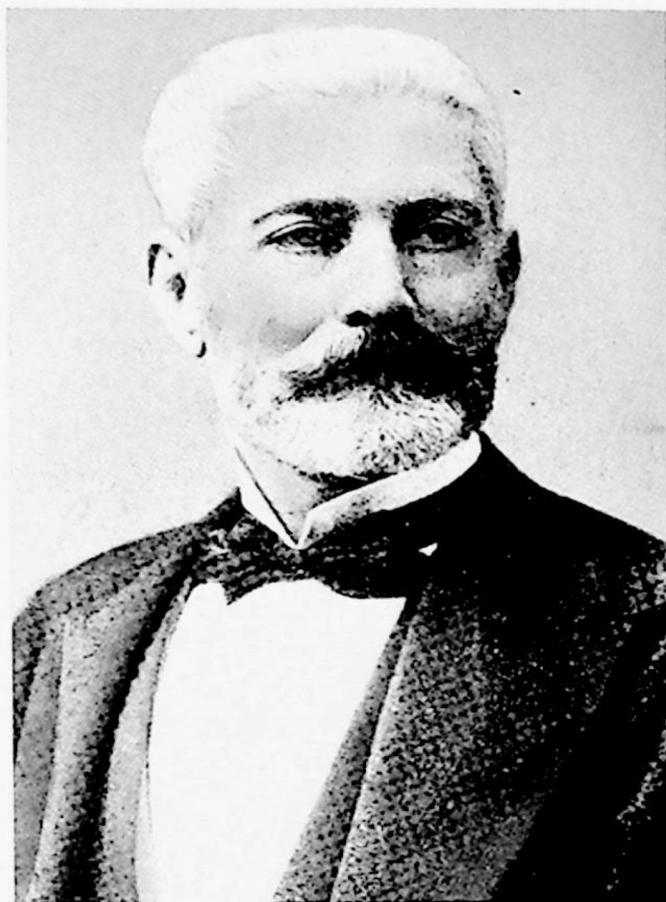
José Manuel Balmaceda, estudiante.



Balmaceda, Ministro de Santa María.



Fanor Velasco.



Julio Zegers.



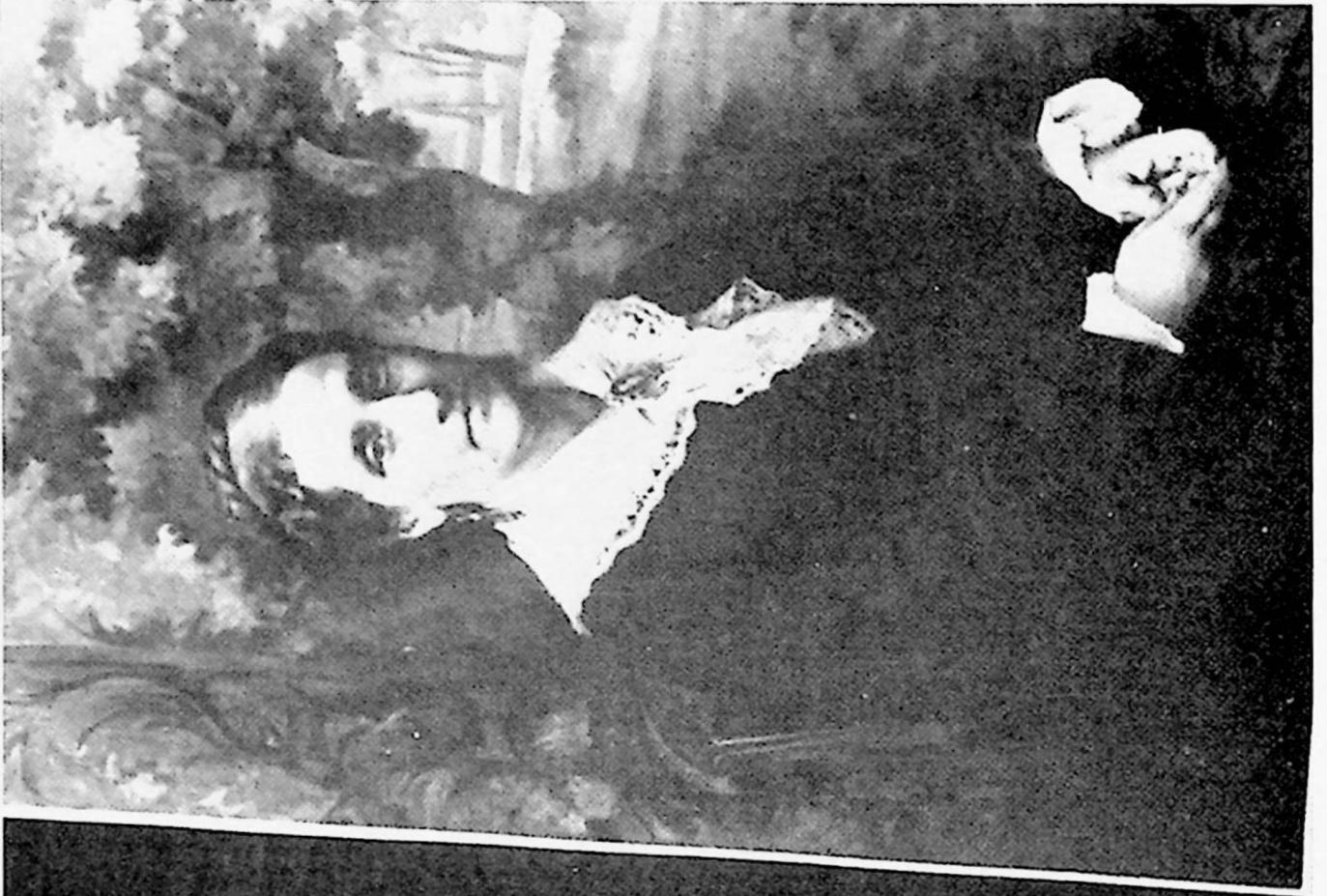
Carlos Walker Martínez.



Enrique Mac Iver.



Fotografía con telón de feria de don Crescente Errázuriz y don José Manuel Balmaceda. Museo Histórico Nacional.



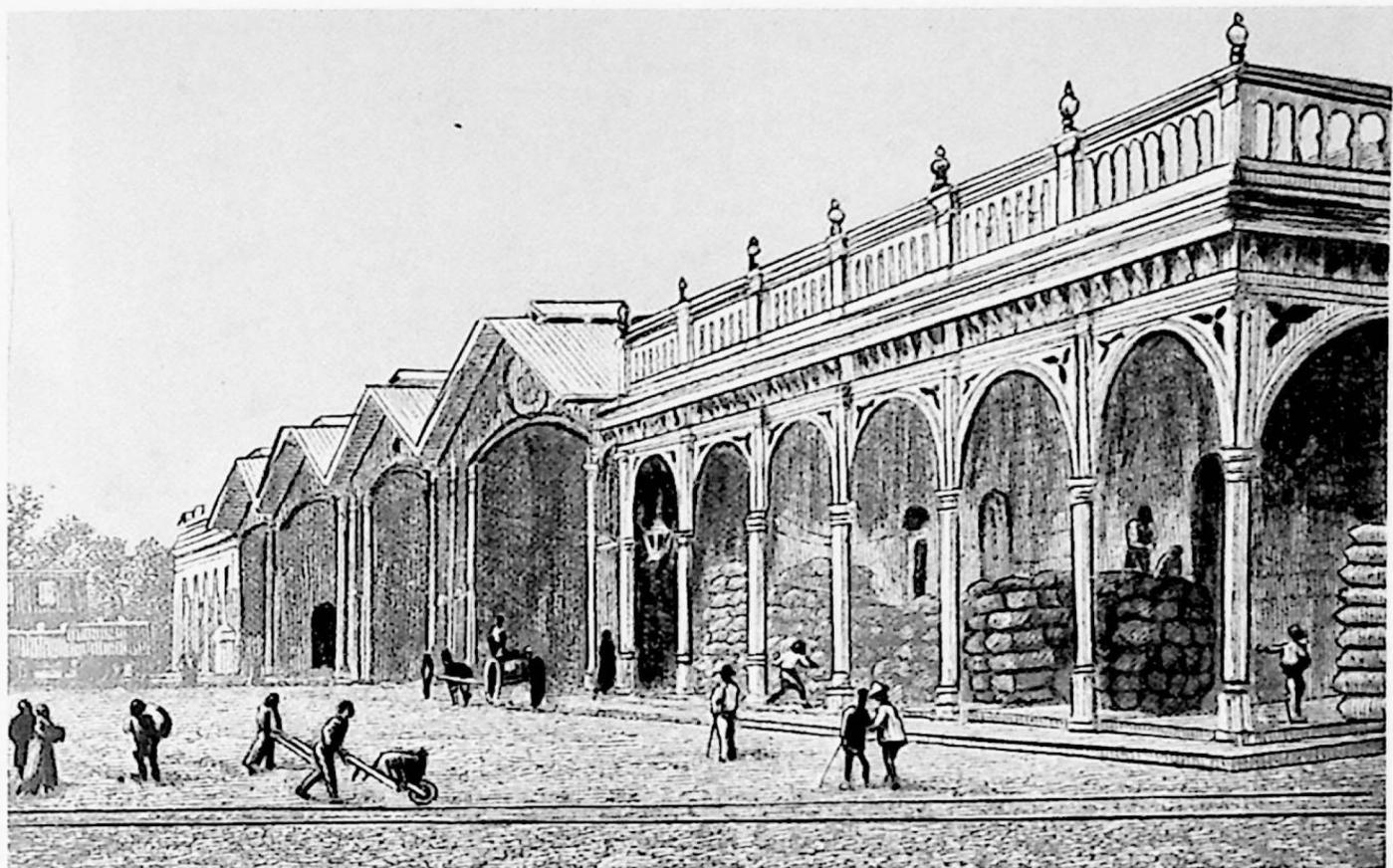
José Manuel Balmaceda y Encarnación Fernández.



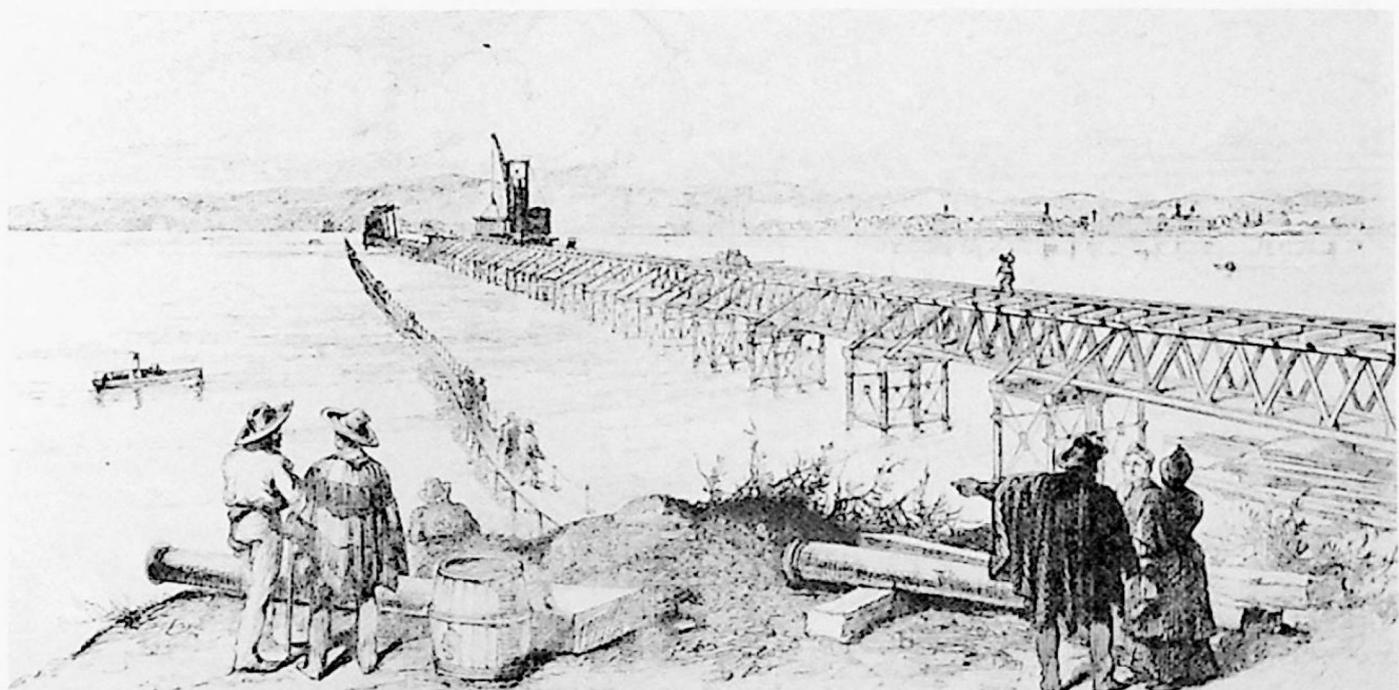
Emilia Toro de Balmaceda.



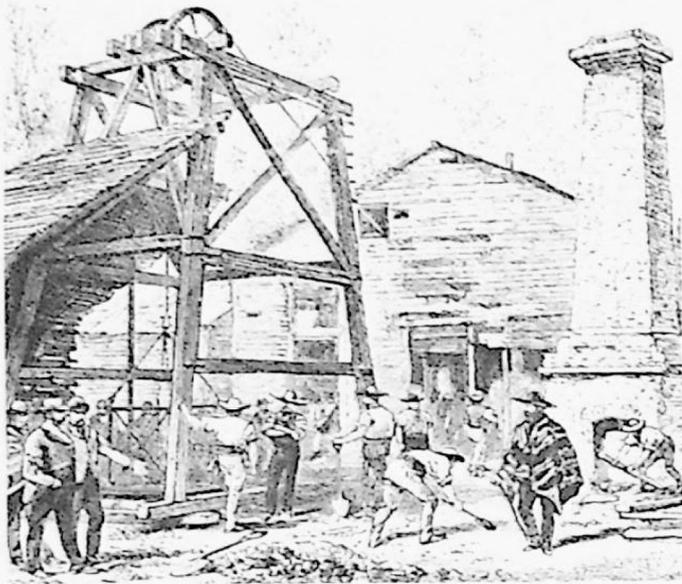
Presidente Balmaceda.



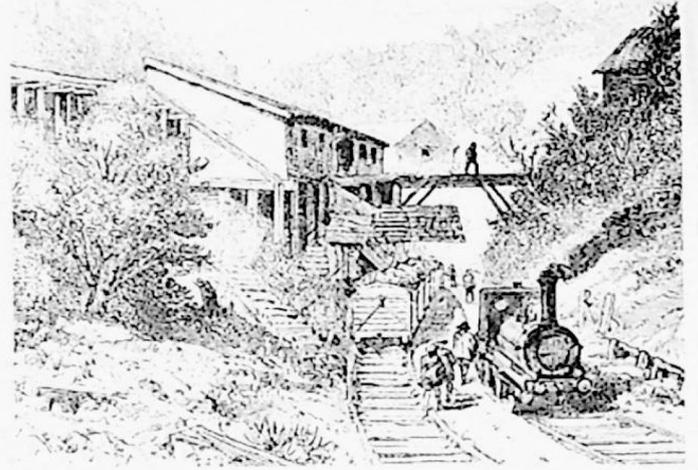
Antigua estación del ferrocarril. Santiago.



Puente del Bío Bío en Concepción.



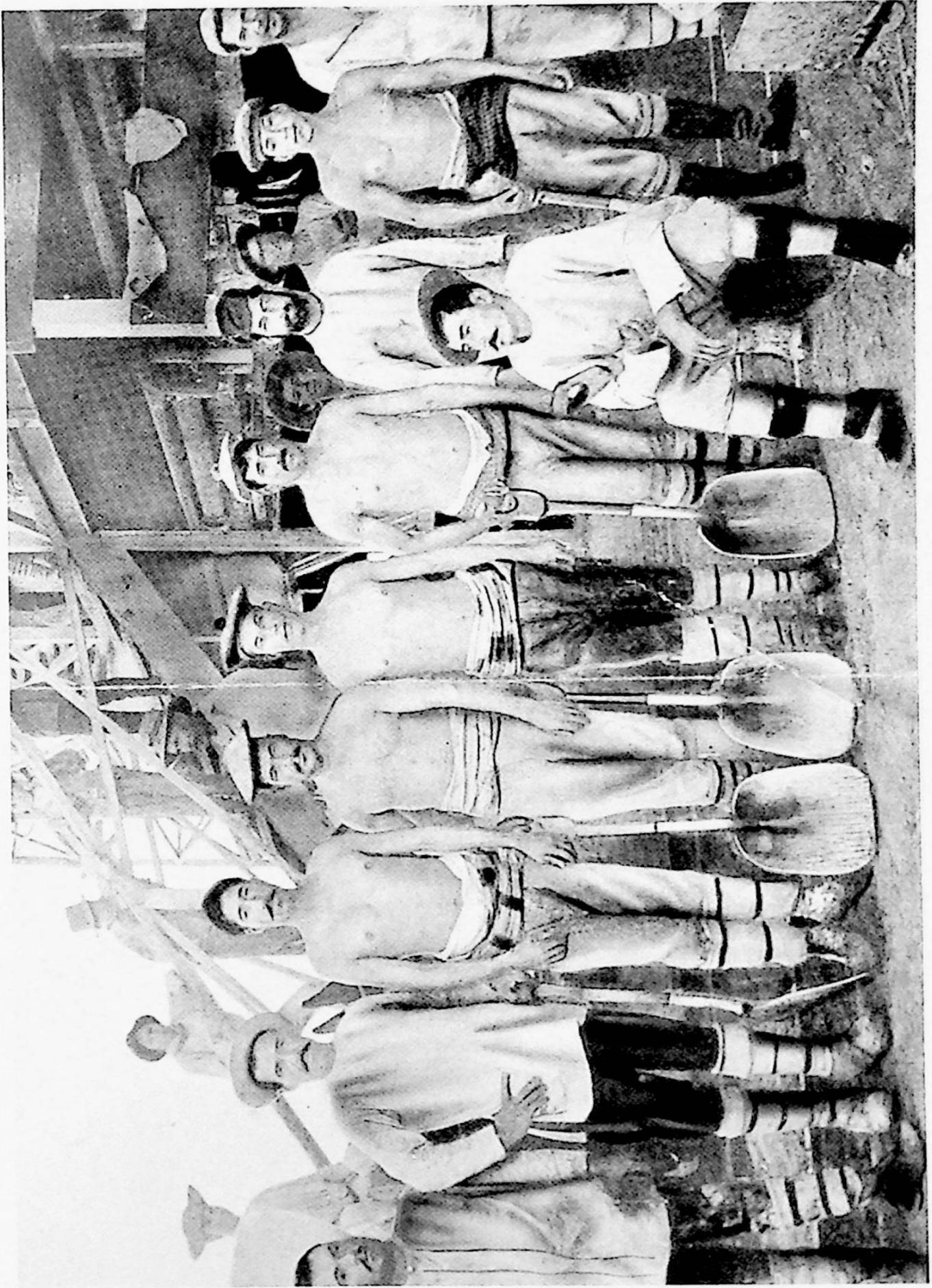
Zona carbonífera de Arauco.



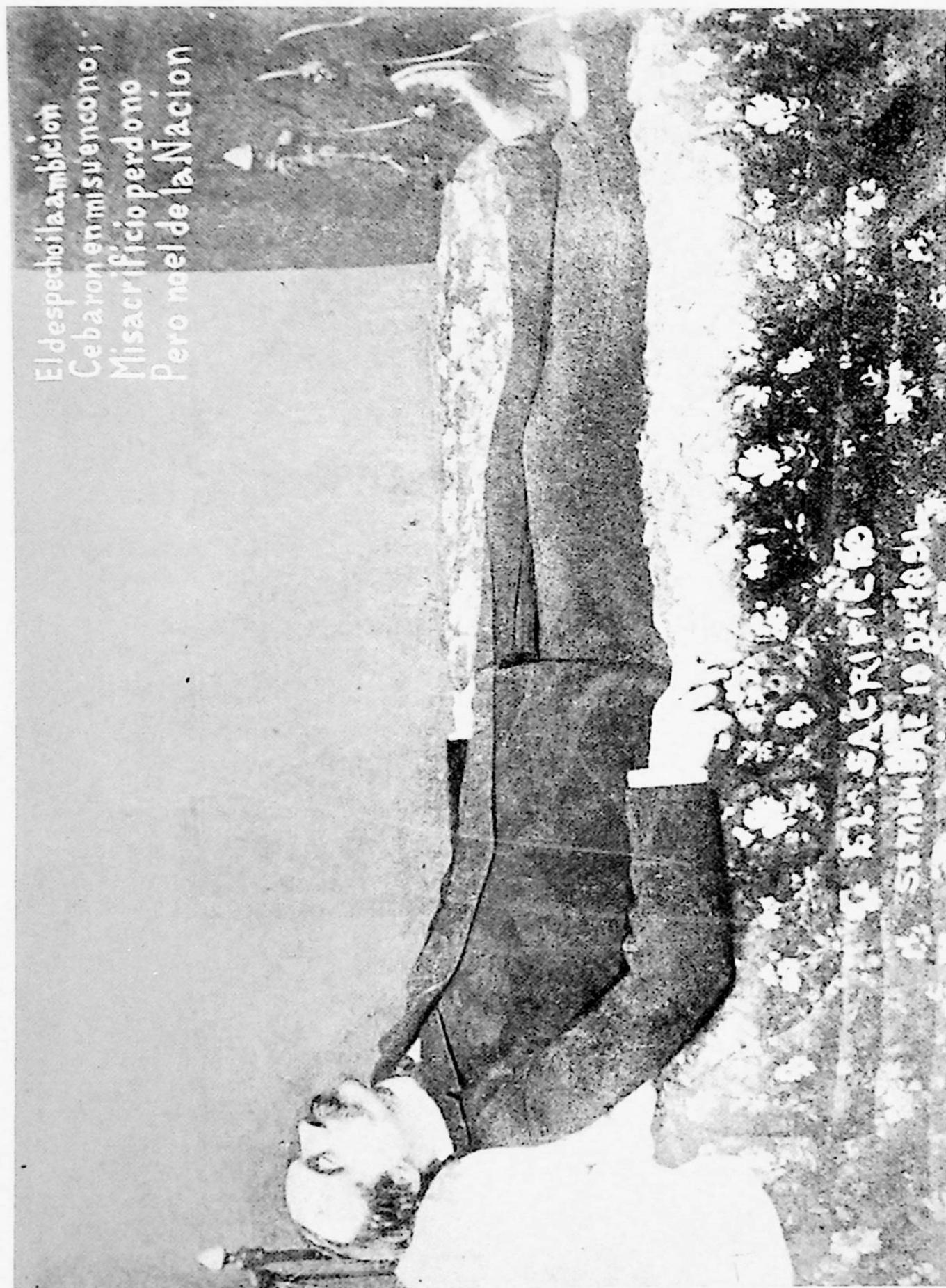
Ferrocarril de Arauco.



Después de la batalla.



Trabajadores del salitre.



El despecho i la ambición
Cebaron en mi sueno cono;
Mi sacrificio perdono
Pero no el de la Nación

EL SACRIFICIO
DE STANBURE LO DETABA

Suicidio de Babmaceda. ¿Fotomontaje?



Un domingo en la Alameda.



Chilenische Landestrachten.

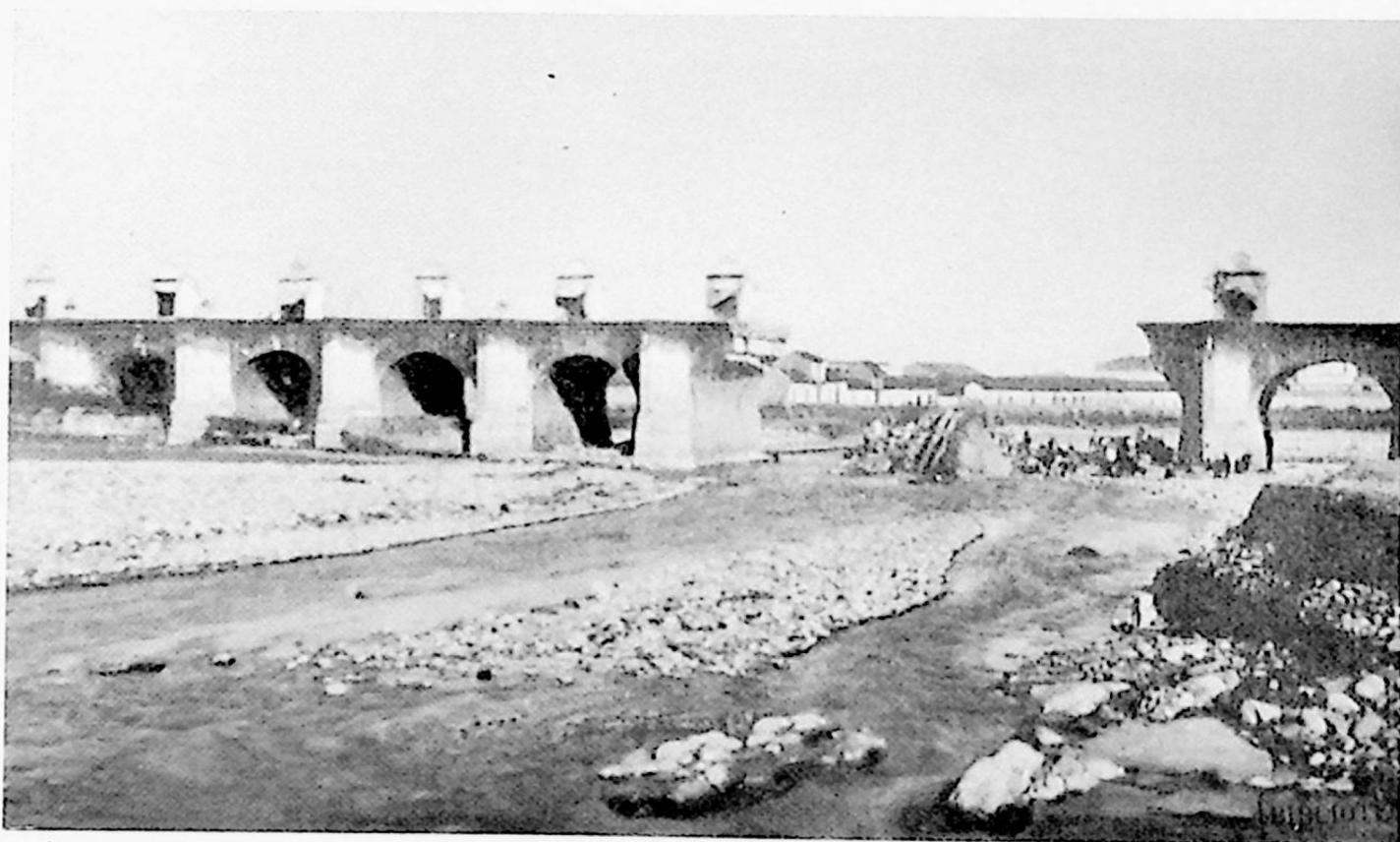
Trajes de chilenas.



Hermanos Amunátegui y Santa María.



Puente de Cal y Canto: Oleo de Subercaseaux.



El puente destruido.